

CAPÍTULO VI

PABLO SUFRE OTRA PÉRDIDA

Tan inquieta se encontraba á la mañana siguiente el ama, que sin las instancias de su joven compañera de ojos negros, hubiera renunciado á sus proyectos de expedición y habría pedido formalmente permiso á Mister Dombey para ir á ver al número ciento cuarenta y siete. Pero Susana, que estaba personalmente muy dispuesta á la excursión y que (como Tomy Lumpkin) era sumamente tolerante con las contrariedades ajenas, y de ninguna manera con las propias, hizo uso de infinitos recursos y de ingeniosos argumentos con que estimular la primitiva intención del ama. Así fué que apenas salió de casa mister Dombey encaminándose con majestuoso paso hacia la City, cuando su inconsciente hijo vino á encontrarse á su vez camino de Staggs's Gardens.

Este barrio, de nombre tan eufónico, estaba situado en los suburbios, y sus habitantes lo designaban con el apelativo de ciudad Camberling. En el plano de Londres, estampado en pañuelo de bolsillo y con infinitas remisiones — para mayor comodidad — de nombre á nombre, este barrio en cuestión, se halla abreviado en Cambden. Hacia aquel lugar dirigieron

sus pasos el ama y la niñera, cada una con su respectiva criatura; Richards con Pablo en brazos, Susana llevando de la mano á Florencia y dándole tirones de cuando en cuando, siempre que lo juzgaba necesario.

Por este tiempo habia tenido lugar en aquellos parajes la primera de las grandes remociones de tierra, del terremoto que estaba transformando todas aquellas cercanías. Por todas partes se veían huellas de destrucción. Casas derribadas; calles cortadas por medio y obstruidas; profundos hoyos y trincheras cavadas en la tierra; enormes montones de arcilla; viviendas minadas, resinosas, sostenidas por grandes vigas: aquí un hacinamiento de carros, amontonados, derechos ó caídos, al pie de un cerro de cascotes; allá confuso rimerero de hierro, oxidado, en medio de una balsa, accidentalmente formada. Á cada paso puentes, que no conducían á parte alguna; tránsitos convertidos en paso intransitable; chimeneas, cual torres de Babel, hechas en su mitad únicamente; cobertizos de madera y vallados construidos en los sitios menos á propósito; fragmentos de paredes sin concluir, de arcos, de pilares; montones de ladrillos arrojados sin orden: grúas y tripodes gigantes que no tenían nada que elevar. Multitud de construcciones informes, al parecer fuera de su sitio, unas hundidas en la tierra, deseosas de aire, otras sumergidas en agua é ininteligibles como una pesadilla. Calientes manantiales y fieros chorros de agua, usuales acompañantes del temblor de tierra, contribuían á la confusión de la escena. Agua hirviendo silbaba levantándose entre ruinosos muros, de entre los cuales, por momentos, también salían chispas y remolino de llamas. Terraplenes de ceniza cerraban el camino,

quebrantando los derechos y costumbres establecidos y con perjuicio del vecindario.

Era, en suma, los progresos que la construcción del ferrocarril iba haciendo, impulsando, en medio de aquel desorden, los avances de la civilización y del mejoramiento social.

Sin embargo, el vecindario dudaba del feliz término de aquellas obras. Uno ó dos atrevidos especuladores habían proyectado calles; otro había abierto ya una pequeña, pero llegando al tarraplén de ceniza, sin poder seguir adelante, no sabía si desistir de la empresa. Una taberna nueva, cuyas paredes aún tenían el yeso fresco y rezumante, sin edificio alguno en frente, había tomado como título para la muestra *Al Ferrocarril*: atrevido, sin duda, era el tabernero, pero en fin, contaba con vender algo á los trabajadores de aquella obra. En otra parte se veía un despacho de cerveza transformado en establecimiento dedicado á *Los cavadores*. Una vieja casa de comidas, titulada hasta entonces *Al Jamón*, se había elegantizado en el nombre calificándose de *Comedor del ferrocarril*, sirviéndose en ella, como recuerdo á su precedente especialidad, carne de cerdo asada. Todas estas especulaciones tenían su razón de ser en un interés común y si no progresaban también era por motivos idénticos. Acaso hubieran hecho negocio algunos hosteleros; pero visto el pobre estado del lugar, no se atrevían á abrir alojamientos. La confianza venía lentamente. Campos abandonados, establos, estercoleros, basureros, baches, vertederos, huertas, campillos donde sacudir las esteras; tales eran las avenidas que conducían al famoso ferrocarril. Montículos de conchas de ostras, en tiempo de ostras; de caparazones de langostas, en tiempo de lan-

gostas; de cacharros partidos y de tronchos de coles, en todo tiempo avanzaban por aquellas alturas. Postes, carriles, viejas empalizadas caídas, espaldas de casuchas misérrimas, remiendos de vegetación mezquina, contemplaban aquel paisaje con asombro; no vaticinaban nada bueno. Si este miserable y vasto campo hubiera sido capaz de reirse, de cierto se hubiera reído, burlándose, juntamente con los habitantes, de semejante empresa.

Staggs's Gardens era harto incrédulo. Consistía este barrio en una pequeña hilera de casas, precedidas de escuálidos y pequeños terrenos cercados con viejas puertas, duelas de barril, pedazos de lona embreada ó arbustos secos: espacios de terreno agrietado en que las hendeduras aparecían niveladas con trozos de caldera y de otros hierros viejos carcomidos. En tales sitios cultivaban los habitantes unas cuantas matas de judías ó criaban unos cuantos conejos, algunas escuálidas gallinas: sobre aquellos solares levantaban casillas de madera podrida (una de ellas consistía en el casco de una barcaza vieja); por aquellos jardines, en fin, tendían á secar la ropa ó se paseaban fumando sendas pipas. En opinión de algunos, este barrio tomaba su nombre de un señor Staggs, fallecido hacia muchos años, que había tenido el capricho de crear aquel núcleo de población para propio recreo. Otros, de inclinaciones más campestres, suponían que el origen de aquel nombre estaba en el tiempo, remoto, en que las manadas de ciervos, denominados *Staggses*, habían frecuentado estos sombreados parajes. De todas suertes, considerábase por sus habitantes Staggs's Gardens como un lugar sagrado, que no debía profanarse por el ferrocarril: estaban de acuerdo en reconocer que el barrio

sobreviviría muchos años á tan ridícula invención; así el maestro deshollinador de chimeneas que tenía su domicilio en la esquina, y que era el político más autorizado de la localidad, había declarado públicamente que el día de la inauguración del ferrocarril, si es que alguna vez se inauguraba, dos ó tres muchachos, de los suyos, se subirían á la chimenea de su casa, para burlarse, desde lo alto, del indudable fracaso de aquella descabellada empresa.

Hacia este lugar profano, cuyo nombre había ocultado cuidadosamente á mister Dombey su hermana, se vió el niño Pablo encaminado por el Hado y por la nodriza.

— Aquella es mi casa, Susana; — dijo el ama señalando una con la mano.

— ¿De veras, señora Richards? — repuso Susana con aire de condescendencia.

— Y allí veo á mi hermana Jemima en la puerta. Sí, es ella; — exclamó el ama, — y tiene á mi hijo en brazos.

Esta vista dió alas á la impaciencia de la madre, la cual, en un momento llegó ante Jemima y, sin que ésta casi se diera cuenta de lo que sucedía, se vió con el niño Dombey en los brazos, mientras el ama Polly se apoderaba, en cambio, de su hijo.

— ¡Cómo, Polly! ¿Eres tú? — exclamó su hermana. — ¡Qué bien, qué sorpresa! Entra, entra, los chicos se van á alegrar mucho de verte.

Y no se había equivocado Jemima, porque los chicos, así que vieron á su madre, comenzaron á gritar descompasadamente. Precipitáronse á su encuentro, la empujaron sobre una silla baja junto á la chimenea y pronto fué su plácido rostro el centro de un manojo de manzanas, probando las coloreadas meji-

llas reunidas en su torno que eran todas fruto del mismo árbol. Por su parte, tan bulliciosa y vehementemente estaba Polly como sus hijos. Cuando se le acabó la respiración y el pelo le caía por la cara; cuando la ropa estrenada para el bautizo se le había poco menos que deshecho, hubo una pausa. Sin embargo, aun entonces el penúltimo Toodle quedó en el regazo de su madre abrazado fuertemente á su cuello, mientras que el segundo, subido al respaldo de la silla hacía desesperados esfuerzos, levantando la pierna para poderse acercar más de lo que estaba.

— Vamos... Aquí tenéis una linda señorita que viene á veros; — dijo Polly; — ved qué juiciosa está. ¿Verdad que es muy linda esta señorita?

Al escuchar estos elogios todos los pequeños dirigieron sus miradas á Florencia, que se había quedado á la puerta y estaba contemplando la escena. Y con esto se fijó también la atención en miss Susana Nipper, bastante quemada ya de que la tuvieran allí sin hacerla caso.

— Entre usted y siéntese un minuto, Susana, haga usted el favor; — dijo Polly. — Esta es mi hermana Jemima, esta es Jemima, no puedes figurarse cuanto debo á miss Susana Nipper, aquí presente: sin ella no hubiera podido venir á veros. ¡Oh! siéntese usted, miss Nipper, tenga usted la bondad de sentarse.

Susana se dignó sentarse al borde de una silla, con ceremoniosas maneras.

— En mi vida he visto á nadie — dijo Jemima — con más gusto que estoy viendo á usted, miss Nipper.

Algo dulcificada miss Nipper, se acomodó un poco más en la silla y sonrió graciosamente.

— Aflójese usted las cintas del sombrero; está usted en su casa, miss Nipper, póngase usted á su

gusto; — añadió Jemima. — Mucho temía que no tenga usted costumbre de entrar en casas tan pobres como esta, pero estoy segura de que será usted indulgente.

Tan lisonjeada quedó con estas señales de respeto la doncellita de los ojos negros, que al ver pasar ante ella corriendo la pequeña Toodle, la cogió en brazos, levantándola en el aire.

— Pero, ¿dónde está mi chico? — preguntó Polly refiriéndose á su mayor, Biler. — ¡El pobre! He venido precisamente para verle con su nuevo traje.

— ¡Qué lástima! — contestó Jemima. — Lo va á sentir de veras, cuando sepa que has venido. Pero ahora está en la escuela.

— ¿Ya se ha ido?

— Sí, hoy por primera vez, para no faltar á ninguna lección. Pero sale á mediodía y si pudieras esperar, por supuesto como esta señorita... — dijo Jemima, pensando, á tiempo, en miss Susana.

— Dime, por Dios, Jemima ¿cómo está con su traje? dijo Polly.

— No tan mal como podría suponerse, — contestó Jemima.

— ¡Ay! ¡Jemima; — exclamó Polly emocionada, y sus piernas, que son tan cortas.

— Sí, quedan cortas, es cierto — dijo Jemima — especialmente visto por detrás; pero ya irá creciendo, Polly.

Algo lejana estaba esta perspectiva consoladora, pero el buen humor de Jemima y su bondad daban á sus palabras particular acento persuasivo. Pasado un momento de silencio, preguntó Polly con aire más alegre:

— ¿Y padre, dónde está? — Con este patriarcal

apelativo se designaba en la familia á mister Toodle.

— ¡Otra mala suerte! — contestó Jemima. — ¡Qué lástima! Padre se llevó el almuerzo esta mañana, es decir, que no volverá hasta la noche. Pero siempre está hablando de ti con los chicos: es lo más paciente, lo más tranquilo que hay en el mundo, lo ha sido siempre y lo será.

— Gracias, Jemima, — dijo sencillamente Polly, contenta de oír estas palabras pero disgustada de aquella ausencia.

— No hay de que me des gracias, Polly; — dijo su hermana dándole un beso y bailando en sus brazos al niño Dombey. — Esto mismo digo de ti, cuando es necesario.

No obstante este doble contratiempo, era imposible sentir el haber hecho una visita tan bien recibida. Ambas hermanas conversaron acerca de distintas cosas, de la familia, de Biler, de los hermanos y hermanas, mientras que la muchacha ojinegra se paseaba por la habitación con la niña de Toodle, deteniéndose de cuando en cuando para examinar aquellos muebles que le llamaban la atención, el reloj de caja, el aparador, el castillete de yeso con ventanas y puertas de papel transparente verde y rosa, que se podía iluminar por dentro con una vela, un par de gatitos negros, de felpa, que tenían suspendida de su hocico una redcilla con objetos para costura y que en opinión de los habitantes de Staggs's Gardens constituían un prodigio de arte imitativa. La conversación fué pronto general, con el temor de que la ojinegra hiciese alguna de las suyas; pero, en fin, ésta joven entró en ganas de hablar y contó á Jemima una porción de cosas referentes á mister Dombey, sus proyectos, familia, asuntos y carácter. También hizo un personal

inventario de su guardarropa personal y una exposición de sus principales relaciones y amistades. Cuando hubo hecho estas interesantes confidencias, no tuvo inconveniente en participar de unos cangrejos y de beber un poco de cerveza, con lo que se sintió dispuesta á jurar eternas amistades.

La pequeña Florencia no había perdido la ocasión, por su parte: conducida por los pequeños Toodle inspeccionó los hongos y demás curiosidades de la flora indígena, consintiendo, de todo corazón en trabajar con sus nuevos compañeros en la construcción de una presa en una charca que se había formado en un rincón. Entregada estaba á esta obra cuando fué vista por Susana, que ya iba en su busca, la cual, no obstante la humanitaria influencia de los cangrejos despertó al sentimiento del deber y prorrumpió en censuras (acompañadas de algún cachete) contra aquella degenerada criatura que se ensuciaba las manos y la cara y que sería la causa de que á todos sus parientes salieran canas, y, finalmente, se murieran de pena. Después de una pequeña espera, motivada por la conversación entre Polly y Jemima y verificado el cambio de niños — pues Polly había tenido todo este tiempo en brazos á su hijo y Jemima al niño Dombey — los visitantes se despidieron.

Pero antes de marcharse enviaron á los dos Toodle, haciéndolos víctimas de un compasivo engaño, á una tienda del barrio, donde se gastaron diez céntimos. Aprovechando estos momentos, se fué rápidamente el ama. Jemima, desde el umbral de su puerta le gritó que si querían dar un rodeo por City Road era probable que se encontraran con Biler, al volver éste de la escuela.

—¿Cree usted que tendremos tiempo, Susana, para

dar esta vuelta? — preguntó el ama deteniéndose para tomar aliento.

—¿Por qué no? — contestó Susana.

—Es que me parece ya próxima la hora de comer, — repuso el ama.

Pero el tente-en-pie que había tomado miss Nipper era causa de que esta joven permaneciera indiferente á la hora; de modo que con facilidad convinieron dar el rodeo en cuestión.

La existencia del pobre Biler se había hecho imposible desde el día anterior, por la tarde, gracias al traje de Charitable Grinders. Los chicos de las calles no lo podían ver ni en pintura. Tan pronto como estos vagabundos divisaban el uniforme de hospiciano corrían hacia él, agotando cuantas maneras se les ocurría de hacerle daño. Esta existencia social de Biler tenía, evidentemente, más puntos de semejanza con la vida de los primitivos cristianos que, con la de un inocente chico del siglo XIX. Le apedreaban, le arrastraban por el arroyo, le arrojaban lodo, le empujaban violentamente contra las esquinas, uno cualquiera se atrevía á quitarle su gorra amarilla y á tirarla en el aire. Las piernas no eran únicamente materia de crítica y ultrajes, sino que servían de blanco para los golpes y pinchazos. Esta misma tarde, había recibido ya, sin solicitarlo, un puñetazo en un ojo, al ir á la escuela y justamente por venir con un ojo hinchado le había castigado el maestro. Este maestro, de natural agreste, desempeñaba el cargo en aquella escuela del hospicio, precisamente porque no sabía nada, ni servía para cosa alguna, pero sí maneja con toda habilidad una gran palmeta, á cuya vista temblaban fascinados los chicos.

Para escapar á todas estas crueldades, volvía Biler

aquella tarde á su casa siguiendo el camino más extraviado; pasajes nada frecuentados, callejones desiertos; pero era imposible dejar de atravesar algunas calles por donde andaban sus atormentadores, de modo que su mala suerte le llevó á tropezar con un grupo de chicos, á cuyo frente se encontraba un feroz muchacho, carnicero, y que no esperaban más que una ocasión de divertirse á su manera. Tan pronto como vieron un hospiciano — y no era frecuente que tan buena presa les cayera en las manos — hubo una exclamación general y se lanzaron todos contra él.

Pero quiso también la suerte que en aquel preciso momento acertase á desembocar por la calle, Polly, que, al cabo de una hora de marcha, mirando siempre si venía Biler, empezaba ya á dudar de encontrarle. No hizo más que verle, dar un grito y soltar al niño Dombey en manos de Susana, echando á correr hacia donde se hallaba su infortunado hijo.

Las sorpresas, como las desgracias, rara vez llegan solas. Atónita Susana Nipper de verse con dos niños, estuvo á punto de ser atropellada por un coche, percance de que la salvaron algunos transeuntes. En aquel instante (era día de mercado) se oyeron grandes voces de alarma que decían: ¡un toro, un toro!

Prodújose una confusión espantosa: la gente corría en todas direcciones, los coches pasaban á galope, los chicos se pegaban, el toro escapado venía, Susana, en medio de tantos peligros echó á correr también y la niña Florencia vino á encontrarse, sin saber cómo, sola.

— Susana, Susana — exclamó Florencia asustada. — ¿Dónde están, dónde están?

— ¿Dónde están? — dijo acercándose á la niña una

vieja que, cojeando, cruzó desde la acera de enfrente.

— ¿Porqué se ha separado usted de ellas?

— Tengo miedo... — contestó Florencia — yo no sé lo que he hecho. Creí que estaban junto á mí. ¿Dónde están?

La vieja la cogió del brazo y le dijo:

— Voy á guiarla.

Era una vieja verdaderamente horrible, con el borde de los párpados encarnado, una boca que gruñía y se agitaba por sí misma, sin que tuviese nada que decir. Miserablemente vestida, llevaba unas cuantas pellejas, como para vender, al brazo. Se comprendía que había seguido á Florencia, desde lejos, porque se hallaba fatigada y sin alientos: hacía esfuerzos para sobreponerse al cansancio, pero no lo graba sino que su semblante amarillento y arrugado resultase aún más feo con todas aquellas contorsiones.

Florencia tenía miedo de la vieja y, temblando, miraba la calle á cuyo extremo ya llegaban. Era una travesía solitaria — más bien que calle — y no se veía en ella á nadie más que á la niña y la vieja.

— No tenga usted miedo ahora — dijo la vieja, oprimiendo más el brazo de Florencia — siga usted adelante conmigo.

— Yo... yo no la conozco á usted — dijo Florencia. — ¿Quién es usted?

— Yo soy mistress Brown, — contestó la vieja. — Yo soy la buena mistress Brown.

— ¿Están cerca de aquí? — preguntó Florencia, llevada siempre hacia delante.

— Susana no está lejos, — contestó la buena mistress Brown, — y las otras están con ella.

— ¿Hay algún herido? — preguntó nuevamente Florencia.

— Nada de eso, — respondió la buena mistress Brown.

De alegría, ante tan agradable noticia, se le saltaron á la niña las lágrimas. Iba con la vieja de buena gana; sin embargo, miraba de cuando en cuando aquella cara — particularmente aquella boca complicada — y en su reflexión infantil se decía cómo podría ser la « mala mistress Brown » puesto que tal era la « buena ».

No habían caminado mucho, aunque, á la verdad, siempre por sitios desagradables, tales como linderos de yeserías y tejares, cuando torció la esquina de una callejuela, llena de baches sucios. Paróse delante de una casuta baja, tan bien cerrada como podía estarlo dadas las grietas de sus paredes, rajadas de alto abajo. Abrió la puerta con una llave que sacó de debajo de su sombrero (1) y empujó á la niña, hacién-

(1) « Ver á una mujer barriendo las calles con sombrero de plumas, chal y vestido de baile; ver á un mendigo pedirle á uno limosna con frac negro y á un carnicero llevar al hombro un enorme tasajo de vaca cruda, con levita y sombrero de copa alta, son espectáculos á que es difícil acostumbrarse. Falta en la sociedad inglesa un traje popular: los pobres se visten aquí con los despojos de los ricos y es, en verdad, cosa risible y aflictiva al mismo tiempo el contraste entre unas clases y otras, aunque todas vestidas con los mismos trajes, solo que limpios y nuevos en la gente acomodada, viejísimos, llenos de jirones y de los más extravagantes solecismos de *toilette* en la gente pobre. No es raro encontrarse dando tumbos por delante de las ricas tiendas de *Oxford street* alguna borracha con vestido de seda — por supuesto que el tal vestido ha sido, evidentemente, pescado con un gancho en algún basurero... » Nos ha parecido á propósito este párrafo del *Londres* del ilustre académico don Eugenio de Ochoa, para explicar la

dola entrar en una habitación, donde se veía un montón de trapos de diferentes colores, un montón de huesos y otro de cenizas cernidas. En cuanto á muebles no había ninguno en el cuarto, y por lo que toca á las paredes y el techo, estaban completamente ennegrecidos.

Aterrorizada la niña ante semejante espectáculo estuvo á punto de desmayarse.

— ¡Ea! no hagas el paso — dijo la buena mistress Brown á Florencia sacudiéndola fuertemente. — No te he hecho daño. Siéntate en los trapos.

Florencia obedeció juntando las manos en ademán de súplica.

— No te detendré aquí conmigo más de una hora — añadió mistress Brown. — ¿Comprendes lo que digo?

— Sí, señora — contestó sin poder casi hablar.

— En ese caso — dijo mistress Brown sentándose á su vez en el montón de trapos — no me incomodes. Si no me incomodas no te haré daño alguno; pero si me irritas, ¡te mato! Te puedo matar en cualquier momento, aunque estés en tu casa y metida en la cama. Veamos ahora quién eres, cómo te llamas y todo lo demás que se sigue.

Las amenazas y las promesas de la vieja, el miedo de enfadarla, la costumbre, extraña en un niño, pero natural en Florencia, de reprimir sus sentimientos, sus esperanzas y temores, le dió ánimos, y así pudo contar su vida, ó al menos, lo que sabía de ella. Mistress Brown la escuchó atentamente, hasta que concluyó.

indumentaria de mistress Brown, harto rara para lectores hispanoamericanos (N. del T.).

— ¿De modo que te llamas Dombey? — dijo la vieja.

— Sí, señora.

— Necesito ese lindo traje, miss Dombey — añadió mistress Brown — y ese sombrerito y toda la demás ropa que puedas quitarte: ea; de prisita!

Florencia obedeció tan de prisa como se lo permitían sus temblorosas manos, y mirando de vez en cuando, con ojos asustados, á mistress Brown. Cuando se despojó de la ropa exterior y de las faldas; entregó todo á la trapera que se quedó mirando y examinando la ropa largo rato, como enterándose de la calidad y del valor, que el parecer la dejaron satisfecha.

— ¡Vaya! dijo examinando á la niña de pies á cabeza — no veo más; ¡ah! sí, los zapatos. Necesito esos zapatos, miss Dombey.

La pobre Florencia se los quitó con igual presteza, deseosa únicamente de conciliarse la buena voluntad de mistress Brown. La vieja removió entonces el montón de guñapos y sacó de entre ellos una falda, un pañuelo de talle, hechos harapos, un residuo de sombrero hallado, sin duda, en medio del arroyo ó en una espuerta de basura. Enseñó á Florencia de qué manera tenía que ceñirse esta vestimenta y, como la niña veía en esta operación el preámbulo de su libertad, se sometía á ella de muy buen grado.

Con la prisa al sujetarse el sombrero, si así podía llamarse aquello, más bien rodete para soportar el peso de algo en la cabeza, enredóse en el pelo, que lo tenía largo y hermoso, sin poder componérselo. La buena mistress Brown sacó en seguida unas tijeras y se acercó á la niña en inexplicable estado de excitación.

— ¡No podías dejarme tranquila! — exclamó mis-

tress Brown. — Ya tenía bastante, ¡niña loca!

— ¡Perdón! ¡No sabía lo que hacía! — gimió Florencia. — ¡No tengo la culpa!

— ¡Que no es culpa tuya! Será la mía entonces; — exclamó miss Brown. Y agitando las tijeras con furioso placer, continuó: — ¡Oh, Dios! Quiero cortar esa cabellera, nadie la cortará antes que yo.

Contenta Florencia de ver que se trataba del pelo, cuando había creído que la vieja se proponía cortarle la cabeza, se tranquilizó y sin demostrar temor ni ofrecer resistencia dirigió su mirada á tan excelente mujer.

— Si no me acordase de una hija mía, — que también tenía hermosa cabellera, — hija que está lejos, muy lejos, al otro lado de los mares ¡oh, oh!

Mistress Brown, con desentonado grito acompañado de un molinete con sus brazos enjutos, y que llevó la consternación al ánimo de Florencia haciéndola temblar. Aquel grito, sin embargo, salvó su cabellera, pues mistress Brown, después de dar una cuantas vueltas con las tijeras en la mano, en derredor de la niña como una mariposa de nueva especie, acabó por ordenar á Florencia que tapase en seguida sus rizos con el sombrero sin que asomase ni uno que pudiera darle tentaciones. Habiendo triunfado así de sí misma, volvió á sentarse en el montón de trapos y se puso á fumar en una pipa ennegrecida, moviendo constantemente las mandíbulas como si estuviera mascando el tubo.

Luego de haber fumado, puso en el hombro de la niña una pelleja de conejo, para que pareciese habitual acompañante suya, y la dijo que iban á salir juntas hasta una gran calle donde la dejaría sola: que llegando allí podría preguntar á los transeúntes

por el camino para volver á su casa. Pero la prevenía con amenaza de los mayores daños en caso de desobediencia, que no tenía que hablar con nadie, sino tornar directamente á su domicilio (no fuese que éste se hallara demasiado cerca de mistress Brown), sino que habría de preguntar por la oficina de su padre en la City: además, no se apartaría de la esquina donde iba á dejarla mistress Brown hasta que oyera dar las tres en los relojes. Dió mistress Brown mayor fuerza á estas instrucciones añadiendo que tenía á su disposición ojos y oídos penetrantes para enterarse de cuanto hiciera ó dijera. Florencia prometió seguir aquellas instrucciones con la mayor exactitud.

En fin, mistress Brown salió con la niña, recorrió un laberinto de calles, callejuelas, pasajes y al cabo vinieron á desembocar en una especie de corral, un patio grande con una puerta cochera al fondo, desde donde se oía el rumor de una gran calle que, sin duda estaba inmediata. Mistress Brown informó á Florencia que allí era donde iba á dejarla y que cuando oyera las tres saliera por aquella puerta cochera y se dirigiese á la izquierda. Antes de separarse alargó mistress Brown la mano, cogiendo con movimiento involuntario la cabellera de la niña, con lo que pareció despedirse: y después de repetir á Florencia que ya sabía bien lo que tenía que hacer, la vieja se marchó.

Quitósele á Florencia un gran peso de encima, pero aún siguió con miedo. Al sentirse libre corrió hacia la puerta desde donde veía la esquina de la calle. Desde allí percibió de nuevo la casa de mistress Brown, que estaba mirando y aún la amenazaba con el puño, detrás de una valla, en el pasaje por donde habían venido. Mas luego no volvió á verla más, aunque á

cada momento — á cada minuto, pues seguía bajo la influencia nerviosa de la vieja — tornaba á mirar por aquel lado.

Allí permaneció Florencia, inmóvil, mirando á la calle, cada vez con más miedo y pareciéndole que todos los relojes se habían parado y no darían nunca las tres. Al fin sonaron las tres en diferentes campanarios: la hora de la libertad; no podía engañarse. Así — después de mirar en derredor, de adelantar algunos pasos y de retroceder temiendo á los invisibles espías de mistress Brown — se decidió completamente y se dirigió hacia la calle, corriendo cuanto lo permitían los zapatos destrozados que habían reemplazado á los suyos nuevos y apretando la pelleja de conejo que llevaba en la mano.

De la oficina de su padre no sabía más sino que se llamaba de Dombey é hijo y que eran muy conocidos en la City. Todo lo que podía hacer era preguntar por Dombey é hijo en la City; pero para esto tenía que dirigirse á los muchachos — porque las personas mayores le imponían respeto, — los cuales apenas podían enterarla. En fin, á fuerza de preguntar por la City, que era la primera investigación necesaria, fué adelantando y acercándose poco á poco al gran distrito que gobierna el terrible lord Mayor.

Cansada de andar, empujada y rechazada por todas partes, aturdida por el ruido y la confusión, ansiosa de saber qué había sido de su hermano y de las dos mujeres, aterrorizada por lo que había pasado y por la perspectiva de incomodar á su padre al presentarse ante él de la manera como estaba, perpleja ante la consideración de lo que aún podía sucederle, seguía Florencia por las calles, acongojada y llorosa hasta el punto de tener que pararse más de una vez para llo-